
▼

La memoria como virtud potencial de la prudencia

*Guillermo Tovar y de Teresa**

La prudencia, que es virtud, da fuerza. Virtud potencial de la prudencia es la memoria, que permite recordar las experiencias adquiridas con objeto de lograr un mejor sentido de los fines: sin memoria no hay proyecto. La acción sin memoria produce extravío y confusión; la memoria como transmisora de la información permite cualquier proceso debidamente orientado para lograr los cambios. La memoria mejor organizada y sustentada es aquella que se obtiene de la suma de los diversos testimonios de un momento, incluyendo las crónicas, a través de referencias precisas y de los documentos, lo que en el presente permite, mediante una investigación racional y progresiva de los distintos sucesos, reunir elementos para formar la historia. Cuando hay memoria organizada y valorada de acuerdo con el método de la Historia, entonces se revela el sentido de

* Miembro del Consejo de la Crónica de la Ciudad de México.

los sucesos, y esto permite la pronta atención de las coyunturas, la *previsión de las contingencias futuras* y el *discernimiento* ante las condiciones excepcionales. Todo esto como contenido en el concepto de prudencia. Los pueblos prudentes se hallan atentos a valorar los hechos de su historia, organizando su memoria de acuerdo con las leyes que esta disciplina impone.

El sismo de 1985 fue un suceso que movió estructuras materiales en algunas zonas de nuestra gran ciudad, y que conmovió el alma de casi todos sus habitantes. A partir del 19 de septiembre de ese año, casi todos los mexicanos sentimos que se inició un gran cambio, cuyas consecuencias siguen originando, a su vez, otros cambios. El de 1985 fue un sismo de origen telúrico, pero con consecuencias morales, cívicas y políticas. La sociedad reaccionó frente a sí misma, creando una actitud de mutuo reconocimiento ante algo que sintió, en el ámbito de su inconsciente colectivo, como un mensaje procedente de lo más profundo del suelo que pisaba. La señal pudo interpretarse y aprovecharse como el cambio que venía de dentro, de la tierra, de la historia, y no como el cambio que venía de fuera, del extranjero y del futuro, del exterior y del porvenir. Ahora sabemos que ese cambio, iniciado a raíz de la actividad telúrica, originado en septiembre de 1985, y su respuesta social colectiva, apuntaba en la dirección correcta. La perspectiva actual nos permite captar ahora que resultó ser un cambio dirigido a reconocer la fuerza que nos daba ser conscientes de nuestra debilidad en ese momento y, en consecuencia, al aumento de nuestra prudencia, que es virtud, y no a la disminución de nuestras cualidades previsoras, por causa de la virtualidad, que es vicio de la imaginación. De acuerdo con la visión que ofrecen las condiciones del mundo mecánico, lo imprudente consistió en olvidar cómo en la capital tiembla desde el origen de los tiempos, y que en ciertas zonas jamás debieron construirse rascacielos endebles, arquitectura virtual, mal concebida por el ánimo especulativo; de acuerdo con la visión que muestran las condiciones del mundo moral, la imprudencia podría consistir en ignorar a la Historia, en soslayar el propio pasado, en aras de un futuro redentor sostenido en esa misma virtualidad.

Ahora, retomado el sentido de los fines, estamos atentos a enriquecer la memoria para no volver a perderlo; para que, recuperado ese sentido, recordemos que México siempre ha sido un suelo en movimiento, y que nuestra gran capital, hasta ahora el mayor centro de la sintonía mexicana, acaso debería entrar en una etapa distinta en su

historia. Lo prudente, en el futuro, será saber captar los distintos sentidos procedentes de nuestra historia, para que, de ese modo, sea posible partir de nuestras realidades y no de las pretensiones enemigas de la felicidad, lo cual, dicho en otras palabras, equivale a no volver a confundir la virtud con la virtualidad.

Mi convicción ha sido siempre considerar que la mejor manera de contribuir a la realización de la crónica de la Ciudad de México, es de manera colectiva, participativa y plural. El acontecer de una gran metrópoli como la de México, por su complejidad, debido a la escala del escenario y la inconcebible simultaneidad del quehacer de sus habitantes, forzosamente, debe ser referido por una diversidad de personas que ofrezcan distintos puntos de vista, y no solamente por un individuo. De ahí que, para no confundir virtud con virtualidad, hace ya varios años se hiciera la propuesta y su realización, en el ámbito oficial, de convertir ese quehacer en una tarea colectiva, destinado a enriquecer la crónica de la Ciudad de México. Resultado de ello es contar ahora con muchas personas que ofrecen su contribución, como es el caso del documental acerca del sismo de 1985, realizado por el licenciado Jacobo Zabludovsky, quien desde hace muchos años, de manera constante y eficaz, ha contribuido al quehacer de la crónica citadina con un estilo propio y ya familiar entre su amplio público. En esa ocasión, recordaremos cómo, interrumpidas las transmisiones, amenazadas las instalaciones del edificio de la empresa comunicadora, Zabludovsky reaccionó poseído por su capacidad de iniciativa, y se precipitó a la calle en su automóvil para informar al público de los sucesos ocurridos a partir de aquel grave sismo matutino. Ese rasgo meritorio, natural en un comunicador, nos pinta al hombre que, en otro aspecto, es el cronista de su viejo barrio de La Merced. Esto y más acredita su contribución al quehacer colectivo de la crónica de la Ciudad de México.

La memoria es colectiva, y no solamente oficial; del mismo modo que la historia es de los pueblos y no sólo la hacen y la escriben sus gobiernos. Por eso, cuando la disposición privada contribuye a enriquecerla, gracias a su diversidad, ocurre un hecho memorable que contribuye al quehacer histórico —el qué y el porqué— y el de la crónica de su acontecer —que se refiere al cómo—.

Por eso, hoy es un día memorable, debido al gesto ciudadano y generoso que contribuye a enriquecer la memoria mexicana, por medio de donaciones de particulares destinadas al Archivo General de

la Nación, es decir, el depósito más rico en referencias para formar la historia y la conciencia de nuestro país.

El Archivo General de la Nación es uno de los mejores lugares para reunir los materiales que nos permitirán ser más lúcidos en el futuro, más atentos a nuestra realidad en el presente y efectivos discernidores de la veracidad de los hechos de nuestra historia, procedentes del pasado. Todo ello, con el fin de permitir que sea nuestro espíritu el que nos guíe y nos mantenga lúcidos y cálidos, como lo fuimos en 1985.

Nada agradezco más que la bondad de la digna directora de este archivo, la licenciada Patricia Galeana, al invitarme —como último cronista individual de la Ciudad de México— a participar en este día en que las autoridades y la ciudadanía se ponen de acuerdo para enriquecer la memoria nacional; para significar que, lejos de la virtualidad, la prudencia es la virtud que debe sostener nuestro destino actual, dando sentido a nuestros fines y propósitos de hoy.